

La idea del viaje en la Edad Media. Una aproximación al espíritu del viajero y la búsqueda de nuevos mundos.

Pablo Castro Hernández*

Aventuras, exploraciones y desplazamientos. El viaje en el mundo medieval se presenta como una constante búsqueda del hombre en la inmensidad del espacio, un traslado que se realiza de manera física y espiritual. Viajar va a estar asociado a explorar, buscar y conocer, lo que va a permitir ampliar la noción de mundo y deleitarse de las maravillas y singularidades de los lugares que se recorren. En cierta medida, este desplazamiento no sólo se basa en un movimiento espacial y material de los viajeros, sino que conlleva un traslado cultural, mental y espiritual de los mismos. Ya durante los siglos XII y XIII notamos una gran expansión y apertura del Occidente medieval por el mundo mediterráneo y las tierras asiáticas, esto debido de manera fundamental a las rutas utilizadas por los peregrinos y cruzados y los contactos comerciales y diplomáticos que se establecen con Oriente.^[1] Los viajeros se expanden a lugares lejanos, donde no sólo traen objetos, especias o cosas raras y exóticas, sino que también son puentes e intermediarios de nuevas ideas, imágenes y representaciones de otras culturas. Los viajes abren nuevos mundos, generando una ruptura con lo cotidiano y estableciendo una apertura con espacios extraños, únicos y diferentes. Ahora bien, resulta importante cuestionarse, ¿cómo se define el viaje durante la Edad Media? ¿De qué manera se manifiesta el desplazamiento exterior e interior del *homo viator*?

¿Y en qué sentido el periplo se torna una instancia con la cual el viajero puede conocerse a sí mismo a través del encuentro con otras culturas?

El presente artículo se remite a analizar el concepto de viaje en la Edad Media, revisando los diferentes tipos de desplazamientos desde el siglo XII hasta el XV. En primer lugar, se estudia el concepto de viaje, entendiendo el carácter interno y externo del periplo para el mundo medieval. Posteriormente, se ahonda en la peregrinación y el viaje interior del *homo viator*. Por último, se analizan otros tipos de desplazamientos, dando cuenta de una variedad conceptual en torno a los viajes, como también de la búsqueda de nuevos mundos y las nuevas realidades culturales con las cuales se encuentran los viajeros.

Para realizar el estudio se han considerado algunos relatos y literatura de viajes como *Il Milione* de Marco Polo, las *Maravillas* de Fray Jordán Catalán de Séverac, las *Cartas* de Juan de Montecorvino y *El Libro de las Maravillas del Mundo* de John Mandeville. Asimismo, se ha utilizado una guía práctica para peregrinos, el *Liber Sancti Jacobi*, como también algunos compendios políticos y científicos, tales como las *Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio y la *Ymago Mundi* de Pierre de Ailly. En estos documentos notamos cómo se mencionan, entre otras cosas, diferentes tipos de desplazamientos realizados por viajeros occidentales, como también formas, prácticas y definiciones culturales de los viajes medievales. Bajo nuestra perspectiva, el viaje debe comprenderse justamente como un desplazamiento exterior e interior, donde el hombre se traslada espacialmente hacia nuevos mundos y horizontes que generan una apertura dentro de su concepción del mundo y el espíritu. En este sentido, el viaje encierra una ambigüedad conceptual, en la medida que es un desplazamiento que oscila entre fines materiales e inmateriales, generando una multiplicidad de traslados entre lo temporal y lo

espiritual. A través de esta ambigüedad se resume una búsqueda del traslado exterior e interior que tiene como fin la comprensión del alma y el mundo.

Para comenzar, resulta necesario definir en primera instancia la noción del viaje, el cual si bien representa un desplazamiento físico de un lugar a otro, también puede reflejar una movilidad espiritual, inmaterial y cultural en las personas. Pero bien, si nos remitimos a la raíz etimológica del viaje, comprenderemos que este concepto deriva del latín *iter*, *itineris*, lo que denota principalmente la noción de camino, viaje y marcha.^[2] Junto con esto, el concepto *via* también refleja la idea de una vía, conducto, calle o camino, lo que deriva en el *viator*, *viatoris*, que se define justamente como un viajero y viandante.^[3] Claramente podemos notar cómo el viaje se vincula a esta noción de camino, como un espacio de tránsito para el caminante.

Ahora bien, el viaje no debe comprenderse tan sólo como un desplazamiento espacial o físico, sino que hay que tener en cuenta el cuadro espiritual y simbólico que también le configura. Sin ir más lejos, Jean Chevalier y Alain Gheerbrant sostienen que el viaje resume una búsqueda y una aventura, en las cuales se expresa un profundo deseo de cambio interior y una necesidad de experiencias nuevas.^[4] Del mismo modo, Juan Eduardo Cirlot indica que desde el punto de vista espiritual, el viaje no es la mera traslación en el espacio, sino la tensión de búsqueda y de cambio que determina el movimiento y la experiencia que se deriva del mismo. En consecuencia, estudiar, investigar, buscar, vivir intensamente lo nuevo y profundo son modalidades de viajar.^[5] Finalmente, Carl Jung manifiesta que viajar es una imagen de la aspiración, del anhelo nunca saciado, que se desplaza con el fin de encontrar su objeto perdido.^[6] Sin duda alguna, el viaje se mantiene en la idea de una búsqueda, como un desplazamiento simbólico que permita encontrar el objeto concreto o espiritual. Pues bien, estas

primeras nociones acerca del viaje nos presentan posturas desde campos como la antropología, filosofía y psicología, en las cuales se intenta develar el sentido de movilidad que realiza el hombre, sobre todo en el plano interior de su existencia, donde el viaje se concibe como una manera de reconocerse a sí mismo. Sin embargo, resulta pertinente cuestionarse si este tipo de viaje se halla presente en el espíritu del hombre medieval.

Si consideramos la definición de viaje que nos plantea Claude Kappler, notaremos:

El viaje es ruptura, y esta ruptura engendra el peligro. Pero es un peligro que puede ser fecundo: al igual que en los mitos de los orígenes la ruptura del estado edénico se salda no solamente con el sufrimiento, pero también con la cultura, sello del genio específicamente humano, el viaje conduce al individuo hacia un conocimiento superior del Mundo, el Hombre y de sí mismo. El viaje encierra un mensaje: el mensajero (que no podía ser otra cosa que el viajero) es el intermediario, desde tiempos inmemoriales, entre el secreto de los dioses y de las cosas y los hombres. De este modo, lo desconocido se entrega a la humanidad.[7]

El viaje se concibe como un proceso que permite al hombre conocer nuevos mundos, ya sea en un nivel trascendental y material. El viaje es preguntar, aprender y descubrir. A través de este movimiento el hombre dialoga con otras realidades que no sólo amplían su universo exterior, sino que establece nuevas experiencias en su ser y su espíritu. Tal como señala Paul Zumthor, el viaje pone en marcha nuestra capacidad para cruzar un límite y afrontar una alteridad. La idea del viaje manifiesta nuestra tendencia innata al desplazamiento, una perspectiva de movilidad y un deseo de conocimiento.[8] Una postura que no se aleja mucho

de la línea simbólica y trascendental del viaje y que considera esencialmente el traslado interior del sujeto. Ahora bien, no hay que perder de vista que durante este período, la sociedad articula su realidad mediante la figuración de símbolos, los cuales nutren y dan vida a cada elemento que conforma parte del cosmos.^[9] En este sentido, el viaje como ruptura espacial y espiritual, no resulta un concepto alejado de la cosmovisión del hombre medieval, por el contrario, es un símbolo constante en su vida cotidiana.

Sin ir más lejos, Gerhart B. Ladner concibe al sujeto medieval como un *Homo Viator*, es decir, un hombre que sigue un camino y que se desplaza entre dos mundos, el terrenal y el celestial; es un hombre extraño que viaja como un peregrino hacia un orden eterno.^[10] De este modo, el viaje se vislumbra como el camino físico que se recorre de un lugar a otro, pero también como el movimiento que se hace en búsqueda de la perfección espiritual.^[11] Tal como sostiene Peter Dinzelbacher, corresponde a un concepto básico de la visión bíblica, en el cual el hombre se encuentra *in statu viatorum*, es decir, una persona que se encuentra en estado de desplazamiento en este mundo, la cual viaja errante como peregrino en busca de la *coelestis patria*.^[12]

Llegados a este punto, es posible observar cómo el sentido del viaje en el hombre medieval se encuentra ligado principalmente a la espiritualidad y el tránsito hacia la morada definitiva del cielo. El viaje podría ser visto como una *peregrinatio*, esto es, un estado de viaje individual o colectivo hacia un lugar santo efectuado por motivos religiosos o en espíritu de devoción.^[13]

En la primera de las *Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio, redactada entre 1256 a 1265, es posible notar el sentido de la peregrinación como visita a los espacios sagrados:

Pelegrino tanto quiere dezir como ome estraño, que va a visitar el Sepulcro Santo de Hierusalem e los otros Santos Logares en que nuestro Señor Jesu Christo nasció, bivió e tomó muerte e pasión por los pecadores; o que andan pelegrinaje a Santiago o a Sant Salvador de Oviedo o a otros logares de luenga e estraña tierra.^[14]

Asimismo, en el *Liber Sancti Jacobi*, escrito entre 1135 a 1140, se vislumbra la finalidad de la peregrinación:

El camino de peregrinación es cosa muy buena, pero es estrecho. Pues es estrecho el camino que conduce al hombre a la vida.^[15]

Una peregrinación que constituye una práctica devocional dentro del cristianismo, donde se considera al creyente como un *Homo Viator* y a la vida como un camino hacia la única «patria», la celestial. Es decir, la vida del hombre sólo tiene sentido si se toma como un camino hacia Dios.^[16] Tal como explica José Marín Riveros, el peregrinar va a significar recorrer el laberinto en busca del centro, un laberinto que representa la 'caída original' por la cual el mundo se hace confuso y de ahí la necesidad de buscar un centro para retornar al estado original. En otras palabras, el peregrino es un hombre que se encuentra en una situación existencial especial, donde debe dejar todo aquí en la Tierra para acceder a lo Otro, lo trascendente. Debe abandonar y abandonarse, pues es el requisito fundamental para acceder a ese Otro Mundo que va a cambiar su ser íntimo y convertirlo en otro: un hombre nuevo, purificado.^[17] Sin duda alguna, estas visiones de la peregrinación dan cuenta de cómo el hombre medieval considera su vida como un viaje, un desplazamiento en el cual pueden acceder al reino de los cielos y purificar

su alma. El viaje adquiere una impronta religiosa y espiritual, donde el hombre se encuentra en una constante búsqueda de su existencia.^[18]

Si consideramos estos planteamientos, el viaje medieval se definiría principalmente por su sentido de *peregrinatio*. Sin embargo, esto nos trazaría algunas dificultades a la hora de vislumbrar los diferentes desplazamientos que se realizan, los cuales no necesariamente responden a fines espirituales o devocionales. En relación a esta situación, ¿todo viaje en este período se concibe como una peregrinación a lugares sagrados? ¿El viaje del hombre medieval ineludiblemente es el viaje de un peregrino en busca de la morada celeste? Claramente el sentido del viaje no se puede generalizar tan sólo al motivo religioso, existen más razones y fundamentos para los desplazamientos de esta sociedad. Según Margaret Wade Labarge, quien examina a los viajeros medievales de clase alta desde el siglo XIII a mediados del siglo XV, sobre todo en Inglaterra y en Francia, considera que hay una amplia gama de razones para viajar así como una gran diversidad de viajeros.^[19]

Ya en los primeros siglos medievales, principalmente desde el siglo VII hasta el X, es posible observar los viajes realizados por los monjes cristianos con el fin de predicar la palabra del Evangelio, como también las exploraciones de los pueblos escandinavos y vikingos, que respondían a movimientos migratorios de comercio, saqueo, conquista y colonizaciones.^[20] Ahora bien, la gran expansión de los viajes va a estar dada a partir del siglo XII en adelante, con el fortalecimiento de las estructuras políticas, religiosas y comerciales.^[21] No hay que perder de vista que con el fin de las grandes invasiones en el siglo X y la existencia de un orden político más estable en la cristiandad, esto permite la aparición de un importante mercado europeo que estimula el contacto con el Próximo Oriente.^[22] De hecho, con esta relativa paz basada en el cese de incursiones y pillajes –en cuanto dejan de

penetrar en el corazón de la Cristiandad o de arribar a sus costas germanos, escandinavos, nómadas de las estepas euroasiáticas y sarracenos- se va creando una seguridad que permite renovar la economía, sobre todo al ser menos peligrosas las rutas de tierra y mar.[23] Junto con esto, el acontecimiento que abre las puertas de Asia a la curiosidad europea fue la expansión y conquista protagonizada por los mongoles bajo el mando de Gengis Khan y sus inmediatos sucesores, y el establecimiento de condiciones de seguridad suficientes para viajar desde las costas orientales del Mediterráneo hasta China.[24]

Pues bien, este último aspecto resulta muy importante, ya que precisamente el hecho de que las rutas sean más seguras, también va a estimular la movilidad de otro tipo de viajeros hacia diferentes lugares del mundo conocido. Jean Richard indica que los misioneros Juan de Pian Carpino, Guillermo de Rubruck y André de Longjumeau, cruzan a mediados del siglo XIII las estepas euroasiáticas y rusas para llegar a Mongolia, esto con la finalidad de convertir a este pueblo al cristianismo y tornarlo un aliado para la cristiandad.[25] Sin duda alguna, los objetivos políticos, diplomáticos y religiosos también empiezan a primar en estos desplazamientos hacia las tierras orientales.[26]

El Fray Juan de Montecorvino (1247-1329), expresa en sus *Cartas* el motivo de su viaje por Oriente:

Yo, fray Juan de Montecorvino, de la Orden de los frailes menores, salí de la ciudad de Taurisio de Persia en el año del Señor de 1291, y entré en la India. Permanecí en tierra de la India y en la iglesia de Santo Tomás durante trece meses; allí bauticé alrededor de cien personas en diversos lugares [...] Yo, prosiguiendo más allá mi camino, llegué a Catay, el reino del emperador de los tártaros que se llama Gran Khan. Y presentando la carta del señor Papa invité al emperador en persona a

abrazar la fe católica de nuestro Señor Jesucristo; más está muy encallecido en su idolatría, si bien otorga muchas mercedes a los cristianos.[27]

Claramente notamos la expansión del mundo occidental por las tierras orientales, en cuanto se busca difundir el cristianismo mediante la presencia de misioneros y frailes, como también invitar a los mongoles a conformar parte de una alianza con los europeos. No hay que perder de vista que los mongoles al no conocer al Dios cristiano, no se encuentran en la misma situación que los musulmanes que son considerados infieles por oponerse a la fe del mundo occidental, por lo cual los mongoles son vistos como potenciales aliados que pueden hacer frente a los enemigos de la cristiandad.[28] Ahora bien, resulta interesante establecer otra lectura también a este tipo de desplazamientos, los cuales van generando una mayor apertura cultural, esto debido a que los mismos misioneros tienen que adaptarse al nuevo contexto, ya sea acomodándose a las costumbres nómadas, incorporando miembros indígenas a sus órdenes y utilizando la lengua de cada país en la predicación y sus oraciones.

El nuevo espacio y sus gentes van generando una ruptura dentro del mundo conocido por la sociedad occidental, lo cual va a impulsar diferentes expediciones para conocer e intercambiar con estos nuevos mundos. Ya lo expresa Olaya Sanfuentes refiriéndose a la noción del viaje en la Edad Media:

El viaje medieval es, sustancialmente, un viaje a Oriente. Tanto los que se embarcan hacia las Indias, como los que se quedan en Europa, están ávidos de noticias de tierras orientales desconocidas. Atraen la atención los relatos de mundos lejanos recién descubiertos y los cuentos fantásticos que ocurren en lugares inexistentes. Las historias de viajeros que vuelven de lugares remotos y extraños, causan

admiración entre las gentes [...] A esto se suma el interés y la curiosidad de historias de razas monstruosas y la descripción de maravillas tales como la Fuente de la Juventud, árboles de los que cuelgan corderos, casas enteramente construidas de oro, lugares donde abundan las piedras preciosas y otras excentricidades.[29]

En cierta medida, apreciamos cómo la curiosidad despierta un interés por lo novedoso, lo extraño y lo desconocido, causando asombro y admiración por las cosas que vislumbran los viajeros. Los periplos a Oriente sorprenden y maravillan justamente por ser lugares únicos y diferentes. Son hombres que desean, sinceramente, conocer las cosas que conforman el mundo.[30]

En la obra *Ymago Mundi* de Pierre de Ailly, redactada hacia 1483, notamos su descripción sobre las maravillas de la India:

De lo dicho antes es evidente que la India es extensa. Pero de lo que sigue se desprende que no es menos grande por lo variado de sus maravillas. Los bosques son altísimos; en sus montañas hay pigmeos, unos hombres de dos codos que guerrear contra las grullas, engendran en el tercer año y envejecen en el octavo. Entre ellos se cría una pimienta de color blanco, que, no obstante, se pone negra con el fuego que encienden para quemar a las serpientes que allí viven.[31]

A partir de este fragmento podemos apreciar cómo las tierras orientales fascinan por las maravillas en su naturaleza. El autor de la *Ymago Mundi* nos da cuenta de diferentes criaturas, paisajes y objetos que resultan prodigiosos y que cautivan el imaginario de dicha sociedad. Sin duda alguna, este tipo de descripciones ya se encuentran también en los relatos de Marco Polo, Odorico de Pordenone, Jordán Catalán de Séverac, John Mandeville, entre otros. Bajo el lente

de estos viajeros, Asia, África y todo espacio lejano y recóndito, se conciben como lugares repletos de riquezas y maravillas. Son mundos que empiezan a ser explorados con un gran deseo.

Fray Jordán Catalán de Séverac en su obra *Maravillas* (1321-1330), refiriéndose a las diferencias de los lugares que recorre con las tierras de la Cristiandad, señala:

Hay otra isla enorme que se llama Java, que tiene más de 7 millas de boj, según oí decir, donde se encuentran muchas maravillas. Entre ellas, y sin contar con las especias aromáticas más excelentes, figura el hecho de haber allí hombres pigmeos del tamaño de niños de tres o cuatro años, todos peludos como machos cabríos; viven en los bosques y rara vez se topa con ellos. En esta isla también hay ratones blancos de gran hermosura. También producen los árboles que dan el clavo, los cuales, cuando están en flor, exhalan un aroma tan fuerte que mata a todo el que camine entre los árboles si no se tapa con algo la boca y la nariz. Allí también nacen la cubeba, la nuez moscada, el macis y todas las demás especies excelentes, salvo la pimienta. En una parte de esta isla se comen con mucho gusto a los hombres blancos y gordos, cuando pueden conseguirlos.[32]

Claramente se puede vislumbrar en su descripción un mundo opuesto y diferente a las tierras europeas de las cuales él proviene. Su traslado no sólo significa una ruptura espacial, sino que refleja una transgresión interior, en su espíritu, al dar cuenta de criaturas, flora o fauna disímiles a su mundo conocido. El viaje, tal como expresa Friedrich Wolfzettel, significa un descubrimiento, pero no sólo en su sentido objetivo, sino también en su sentido interior de aprendizaje y de transformación mental del yo descubridor. En otras palabras, viajar refleja el

ingreso hacia los aspectos escondidos del mundo exterior, estableciendo una conexión entre esos aspectos de la superficie y el yo secreto.^[33] Desde nuestra postura, el viaje oscila entre lo exterior y lo interior, en la medida que el viajero no sólo está conociendo y ampliando su percepción sobre el espacio, las criaturas y gentes de la totalidad creada, sino que además está cultivando un espíritu que le permite diferenciarse de los lugares que vislumbra para reconocerse a sí mismo.

Sin ir más lejos, tal como expresa Joaquín M. Córdoba, ya desde finales del siglo XIII también circulan por Europa diversas copias manuscritas de la obra de Marco Polo, quien anota las maravillas de China y los territorios cercanos al Gran Khan, como también sitios más remotos y pintorescos como el reino de Ciaban (el Champa de Indochina), «tierra de muchos elefantes e lináloe en mucha cantidad e montes grandes de ébano negro», de la isla de Java y las muchas especias que allí se daban, pues «ay allí gran abundancia de pimienta, canela, clavos y otras muchas singulares especias», de la isla de Ceylán, donde «se hallan los mejores rubíes del mundo [...] y muchas piedras preciosas, topacios, amatistes e otras de diversas especies», y del reino de Malabar en India, que tiene «abundancia de pimienta e de jengibre e de turbit, que son ciertas raíces medicinales».^[34]

La finalidad del viaje trasciende lo meramente político, comercial y religioso, y nos inserta también en planos culturales donde se describen los objetos que resultan fascinantes y distintos a su mundo. Paul Freedman considera que estas especias, piedras preciosas y curiosidades, son objetos que resultan fascinantes para la sociedad occidental, tanto así que su valor se mide en su exotismo, virtud y rareza.^[35] De ello no cabe duda, ya que estos mismos objetos representan cosas lujosas y extravagantes. Son especias carísimas. Tal como expresa John W. Parry, los mismos mercaderes obtienen grandes ganancias y lucro.^[36] Sin embargo, esto más allá de responder a un efecto económico de oferta

y demanda, nos da cuenta del nivel cultural que posee el desplazamiento en sí. A través del viaje se despierta una fascinación por este tipo de objetos maravillosos y disímiles que se tornan un nuevo motor para emprender estas marchas a las tierras orientales, donde el mundo europeo no sólo se asombra por lo diferente de estas culturas, sino que logra definirse en contraste con una otredad única y distinta.^[37]

En definitiva, si retornamos a nuestra problemática sobre la concepción del viaje en el mundo medieval, podremos notar la multiplicidad de motivos que poseen los viandantes para llevar a cabo sus desplazamientos. De esta manera, el viaje medieval se configura principalmente en base a su ambigüedad conceptual, en la medida que el *Homo Viator*, este hombre que viaja, oscila entre su carácter espiritual, en cuanto se mueve de manera existencial hacia un orden eterno, como también en su carácter temporal, ya sea con objetivos políticos, económicos, diplomáticos, religiosos, entre otros, que permiten establecer diferentes relaciones y contactos con otros lugares. En cierta medida, el viajero medieval se constituye a partir de un traslado inmaterial que puede significar un regocijo o una redención en el alma, o bien un movimiento físico que puede dar cuenta de la búsqueda de algún objetivo concreto y terrenal. De todas maneras, ambos desplazamientos van a conllevar un viaje simbólico en su interior que va a definir el espíritu del viajero, esto es, un hombre que se encuentra *in statu viatorum*, en un tránsito en la vida, donde el viaje representa un desplazamiento del alma. En otras palabras, la noción del viaje va estar dada justamente como el vaivén entre su sentido material e inmaterial, donde la unidad se manifiesta en la idea simbólica del *Homo Viator*, un viandante que establece una ruptura con su realidad para ingresar a nuevos mundos. Un viaje que no deja de tener múltiples motivos, pero que conserva la curiosidad y el anhelo de conocer la realidad, sus confines y maravillas, el universo creado por Dios. Es así como el hombre medieval define el viaje como una

exploración hacia lo desconocido, pero sobre todo como una búsqueda para comprender las verdades del mundo, del hombre y de sí mismo.

* Pablo Castro Hernández es Licenciado en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Magíster © en Historia con mención en Arte y Cultura de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

[1] Tal como manifiesta Pamela White, el mismo movimiento que se genera en las tierras orientales con la conquista de los mongoles de Asia y el Este de Europa, crea una oportunidad para que los europeos puedan extender su horizonte hacia el levante [White, Pamela, *Exploration in the World of Middle Ages, 500-1500*, Chelsea House Publishers, Nueva York, 2010, p.64]. Incluso, tal como indica Pierre Chaunu, la expansión europea de estos siglos representa el *take off*, la puesta en marcha de un proceso irreversible y autoalimentado, un motor de apertura y despegue [Chaunu, Pierre, *La expansión europea (siglos XIII al XV)*, Labor, Barcelona, 1972, p.5]. El mundo occidental se abre a nuevos territorios, ampliando sus contactos y redes políticas, sociales y culturales por nuevos lugares, como también generando una ruptura con su vida cotidiana, integrando una cultura material exótica y diferentes novedades a su realidad.

[2] Echaury, Eustaquio, *Diccionario Esencial VOX Latino-Español*, Larousse, Barcelona, 2008, p.241

[3] *Ibíd.*, p.505. Sobre el particular, también nos encontramos con la expresión *Homo Viator*: «Hombre caminante». Se dice tanto en sentido literal, como en el

sentido figurado, referido al paso del hombre por la vida [Herrero Llorente, Víctor José, *Diccionario de expresiones y frases latinas*, Gredos, Madrid, 1980, p.105].

[4] Chevalier, Jean y Gheerbrant, Alain, *Diccionario de Símbolos*, Herder, Barcelona, 1986, pp.1065-1067

[5] Cirlot, Juan Eduardo, *Diccionario de Símbolos*, Siruela, Madrid, 2005, p.463

[6] Jung, Carl Gustav, *Símbolos de transformación*, Paidós, Barcelona, 1998, p.218

[7] Kappler, Claude, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Akal, Madrid, 2004, p.88

[8] Zumthor, Paul, *La medida del mundo. Representación del espacio en la Edad Media*, Cátedra, Madrid, 1994, p.163

[9] El sentido primero de la palabra griega *symbolon*, se refiere a un signo de reconocimiento materializado por las dos mitades de un objeto que dos personas han compartido. Para el pensamiento medieval, tanto para el más especulativo como para el más común, cada objeto, cada elemento, cada ser vivo es, pues, la figuración de otra cosa que se corresponde con él en un plano superior e inmutable y del cual es símbolo [Pastoureau, Michel, *Una historia simbólica de la Edad Media Occidental*, Katz, Buenos Aires, 2006, p.18]. En este sentido, el carácter simbólico conforma parte esencial dentro de la vida cotidiana del hombre medieval, quien vive rodeado de estos símbolos que reflejan planos superiores, inmateriales y eternos dentro de la realidad.

[10] Ladner, Gerhart B., "*Homo Viator: mediaeval ideas on alienation and order*", *Speculum*, vol. 42, núm. 2, 1967, p.233

[11] García de Cortázar, José Ángel, "*El hombre medieval como 'Homo Viator': peregrinos y viajeros*", *IV Semana de Estudios Medievales*, Nájera, 1994, p.11

[12] Dinzelbacher, Peter, "*The Way to the Other World in Medieval Literature and Art*", *Folklore*, vol. 97, núm. 1, 1986, pp.79-80

[13] Turner, Victor, "The Center out There: Pilgrim's Goal", *History of Religions*, vol. 12, núm. 3, 1973, p.197

[14] Alfonso X El Sabio, *Las Siete Partidas*, Primera Partida, Título XXIV, Ley 1 (Compañía General de Impresores y Libreros del Reino, tomo I, Madrid, 1843, p.365)

[15] Codex Calixtinus: Liber Sancti Jacobi, Libro I, Cap. XVII (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Santiago de Compostela, 1951, p.204)

[16] Novoa Portela, Feliciano, "Los viajeros de Dios en la Edad Media". En AA.VV., *Viajes y Viajeros en la Europa Medieval*, Lunwerg Editores, Barcelona, 2007, p.159

[17] Marín Riveros, José, "Espacio sagrado y peregrinación. Símbolos y tradición véterotestamentaria", *Tiempo y Espacio*, 7-8, Universidad del Bío-Bío, Chillán, 1997-1998, p.93 y ss.

[18] Cabe señalar que existen decenas de estudios sobre las peregrinaciones en la Edad Media. Dentro de los trabajos más interesantes que definen la idea de *peregrinatio*, nos encontramos con la obra de Paul Alphandéry y Alphonse Dupront, quienes vislumbran en la peregrinación un rito de penitencia, donde este viaje es una ocasión única para enmendarse y crear una vida nueva. Mediante la peregrinación existe una conciencia de una marcha para el cumplimiento de un sacrificio, ofrenda propiciatoria y redentora del alma [Alphandéry, Paul y Dupront, Alphonse, *La Cristiandad y el Concepto de Cruzada*, UTEHA, México, 1959, pp.7-8]. Según Diana Webb, la larga distancia que se recorría en una peregrinación, no era una experiencia cotidiana. La norma, tanto de la aristocracia como los campesinos, era mucho más regionalizada, es decir, se visitaban y veneraban las reliquias de los monasterios e iglesias locales [Webb, Diana, *Pilgrims and Pilgrimages in the Medieval West*, I. B. Tauris, Londres, 2001, p.16]. Tal como

establece Steven Runciman, si bien las peregrinaciones se encontraban presentes desde los comienzos del cristianismo, la gran era de estos desplazamientos se inicia con el siglo X, momento que desarrolla de manera fuerte la idea de que determinados santos lugares poseían una virtud espiritual definida que se transmitía a aquellos que los visitaban y podían incluso concederles el perdón del pecado [Runciman, Steven, “Los peregrinos de Cristo”, en *Historia de las Cruzadas. La primera cruzada y la fundación del reino de Jerusalén*, vol. 1, Alianza, Madrid, 1980, p.56]. Para Franco Cardini, el hombre cristiano se encuentra en un estado de viaje constante, una peregrinación que conforma parte de su vida, en la cual busca acceder a la sede definitiva del Paraíso para escapar del mundo y refugiarse en Dios [Cardini, Franco, “Il Pellegrinaggio in Terrasanta”. En Bonita Clero, *Homo Viator: nella fede, nella cultura, nella storia*, QuattroVenti, Urbino, 1996, p.9]. Sin duda, una postura que va de la mano con la propuesta de J. R. Ruiz Domènec, para quien la peregrinación es un viaje que se convierte en la búsqueda del *locus sanctus* que relaciona el cielo y la tierra, donde el peregrino significa un esfuerzo desenfrenado por buscar a Dios en medio de sus múltiples hierofanías [Ruiz Domènec, J.E., “El viaje y sus modos: peregrinación, errancia, paseo”. En Miguel Ángel García Guinea, *Viajes y viajeros en la España medieval*, Polifemo, Madrid, 1997, pp.262-263]. Ya José Marín Riveros manifiesta que el hombre que se hace peregrino asume una postura existencial; es un cristiano que debe vivir en la tierra como un desterrado, en exilio, vivir en el extranjero como un extranjero, donde su propósito es acompañar a Cristo desterrado de este mundo [Marín Riveros, José, *Cruzada, Guerra Santa y Yihad. La Edad Media y Nosotros*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 2003, pp.52-53]. Finalmente, Joaquín Rubio Tovar, considera que el cristianismo medieval, convierte el viaje a un lugar sagrado en un itinerario que hace posible el encuentro con una realidad trascendente y

purificadora. De este modo, surge la imagen del cristiano como viajero y extranjero en la tierra, pero sobre todo en cuanto considera el modelo bíblico de Cristo y los apóstoles, que van de aldea en aldea, sin casa ni morada propia. La peregrinación rescata el modelo de itinerante de Cristo, su exilio y vía dolorosa [Rubio Tovar, Joaquín, "La peregrinación como encuentro", *Liébana y Letras*, 2008, pp.69-70]. Bajo nuestra perspectiva, la peregrinación va a significar justamente ese desplazamiento espiritual del hombre, que en su destierro debe desprenderse de toda materialidad, con el fin de liberarse de toda atadura con lo terreno, para sanar y purificar el alma y así acceder al reino celestial.

[19] Durante todo este periodo los reyes trasladan su corte y los nobles su casa con una frecuencia que llega a ser monótona, empujados por razones de estado, por la pasión de ir en peregrinación, por el deseo de visitar los cazaderos preferidos o simplemente por aburrimiento. Muchos hombres de clase alta están acostumbrados a viajes largos, e incluso continuos, en calidad de cruzados o diplomáticos, o porque son aventureros jóvenes e inquietos para los que no se ha establecido un hueco en la jerarquía social y deciden viajar en busca de fortuna. Los eclesiásticos de mayor importancia visitan su diócesis, participan en concilios de la Iglesia o en parlamentos seculares. Los viajes de las damas de clase alta son más limitados, pero también en este caso existe movilidad. Las reinas y damas de compañía participan en muchos viajes oficiales y en los traslados de la casa real desde un palacio, o un pabellón de casa, a otro [Labarge, Margaret Wade, *Viajeros medievales: los ricos y los insatisfechos*, Nerea, Madrid, 1992, p.14]. Incluso, esta amplitud del viaje se puede vislumbrar en los viajeros de ida y vuelta, como reyes, embajadores, soldados, comerciantes o pastores; viajeros de ida, como los emigrantes; viajeros estacionales, como los estudiantes o pastores de los rebaños trashumantes; viajeros de ficción, como los caballeros andantes; y viajeros muertos,

como los cadáveres de reyes y nobles o las reliquias [García de Cortázar, José Ángel, *Los viajeros medievales*, Santillana, Madrid, 1996, p.9].

[20] Ladero Quesada, Miguel Ángel, *El mundo de los viajeros medievales*, Anaya, Madrid, 1992, p.14

[21] Tal como expresa Robert Sabatino Lopez, durante los siglos XI y XII se da un despegue de la revolución comercial, esto basado principalmente en el crecimiento demográfico que constituye el motor esencial del progreso agrícola, lo que permitía asegurar la propia subsistencia de campesinos y señores, al tener más alimentos, mejorar la dieta de las personas y su esperanza de vida. Asimismo, con los excedentes agrícolas las ciudades salen de su prolongada depresión, expandiendo sus contactos y redes comerciales. Es así como los progresos de Venecia, Amalfi, Génova y Pisa desplazan lentamente el centro del poderío económico y naval desde las costas bizantinas y musulmanas hasta las orillas del Mediterráneo [Lopez, Robert Sabatino, *La revolución comercial en la Europa medieval*, El Albir, Barcelona, 1981, pp.93-105]. Sumado a esta visión, Henri Pirenne sostiene que con el fenómeno de las cruzadas y la toma de Jerusalén, las relaciones con el Mediterráneo oriental se multiplicaron rápidamente. Ya en 1104, Génova posee en San Juan de Acre una colonia y Pisa se dedica con un creciente entusiasmo al abastecimiento de los Estados fundados en Siria por los cruzados. Incluso, en 1136 Marsella ocupa un lugar en dicha costa ya que sus burgueses fundan un establecimiento en Tierra Santa. En tal forma, el Mediterráneo se abría a la navegación occidental, permitiendo posteriormente la difusión de especias traídas por las caravanas de China y de India hacia el Oeste, hacia las regiones sirias, donde las recogían los barcos italianos [Pirenne, Henri, *Historia económica y social de la Edad Media*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1990, p.29]. De este modo, es posible apreciar como durante este período se da un gran crecimiento en

el mundo occidental, lo que va a consolidar a la población, las ciudades y las redes y caminos que interconectan dichos puntos urbanos, permitiendo mayores desplazamientos e intercambios comerciales. Es así como el mundo europeo se expande y establece relaciones con nuevos lugares, ampliando sus contactos y realidad cultural.

[22] Hodgett, Gerald A.J., *Historia social y económica de la Europa medieval*, Alianza, Madrid, 1982, p.110

[23] Le Goff, Jacques, *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*, Eudeba, Buenos Aires, 1962, p.11

[24] Ladero Quesada, Miguel Ángel, *Op.cit.*, p.24

[25] Richard, Jean, "Le debut des relations entre la Papauté et les Mongols de Perse". En *Les relations entre l'Orient et l'Occident au Moyen Age. Etudes et documents*, Variorum Reprints, Londres, 1977, pp.291-293

[26] Cabe mencionar que la primera generación de misioneros incluye a Juan de Pian Carpino (1245), Nicolás Ascelín (1246), Simón de Saint-Quentin (1247), Guillermo de Rubruck (1253). Por otro lado, una segunda oleada de religiosos que llega posteriormente por rutas terrestres y marítimas, incluye a Juan de Montecorvino (1289), Odorico de Pordenone (1314), Jordán Catalán de Séverac (c.1320), Pascal de Victoria (c.1338) y Giovanni de Marignoli (1342) [Kappler, Claude, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, *Op.cit.*, pp.51-52].

[27] John of Montecorvino, *Letters and Reports of Missionary Friars*, First Letter of John of Montecorvino, 1 (The Hakluyt Society, Cambridge University Press, Cambridge, 1914, p.45). La traducción es mía.

[28] Folker Reichert señala que con las campañas militares de los mongoles se abrió por primera vez la posibilidad de un contacto directo entre Europa y Asia central. Los devastadores estragos y las inauditas atrocidades cometidas habían dado

motivo para ello; lo primero que interesaba era saber algo más sobre el origen de este pueblo desconocido e informarse sobre sus intenciones, ya que se pensaba que venían del Tártaro o que se identificaban con los pueblos de Gog y Magog, que precederían a la llegada del Anticristo en el fin de los tiempos. A pesar de las diferentes misiones enviadas a los monarcas mongoles, la conclusión de los diplomáticos fue una sola: los mongoles querían dominar el mundo, y en esas circunstancias resultaría muy difícil sumarlos a la cristiandad [Reichert, Folker, “Los viajes políticos: embajadas y diplomacia”. En AA.VV., *Viajes y Viajeros en la Europa Medieval*, Lunwerg Editores, Barcelona, 2007, pp.201-208]

[29] Sanfuentes, Olaya, *Develando el Nuevo Mundo. Imágenes de un proceso*, Ediciones UC, Santiago, 2009, p.28

[30] Ya durante los siglos XIV y XV también notamos otra gran cantidad de viajeros que se desplazan hacia el Este: Hans Schiltberger (1396), Ruy González de Clavijo (1403), Guillebert de Lannoy (1413), Nicolò de Conti (1419), Pero Tafur (1436), Josaphat y Ambrogio Contarini (1473), Bernhardt de Breydenbach (1483), entre otros. [Kappler, Claude, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Op.cit., pp.52-53]. Sin duda alguna, el espíritu que impulsa a estos viajeros está dado no sólo por sus fines políticos, diplomáticos o religiosos, sino que también por la ferviente curiosidad que estimula estos desplazamientos, una necesidad de conocer y plasmar en sus relatos la verdad de lo que han visto con sus propios ojos.

[31] Pierre de Ailly, *Ymago Mundi*, XVI (Alianza, Madrid, 1992, p.60)

[32] Friar Jordanus, *Mirabilia Descripta. The wonders of the East*, V, 13-16 (Hakluyt Society, Londres, 1863, pp.30-31). La traducción es mía.

[33] Wolfzettel, Friedrich, "Relato de viaje y estructura mítica". En Leonardo Romero Tobar y Patricia Almarcegui Elduayen (ed.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Akal, Madrid, 2005, p.11

[34] Córdoba, Joaquín M., "La atracción por Oriente". En AA.VV., *Viajes y Viajeros en la Europa Medieval*, Lunwerg Editores, Barcelona, 2007, p.92

[35] Freedman, Paul, "Spices and Late-Medieval European Ideas of Scarcity and Value", *Speculum*, vol. 80, núm. 4, 2005, p.1213

[36] Parry, John W., "The story of spices", *Economic Botany*, vol. 9, núm. 2, 1955, p.198. Cabe mencionar también cómo Marco Polo se refiere al comercio, las especias y riquezas de otras regiones: «Saliendo de la ciudad de Quisai, se encuentra en el reino de Fugiu. Tras seis jornadas hacia el sudeste, se encuentran ciudades y muchas aldeas. Sus habitantes son idólatras, súbditos del Gran Kan y dependientes de la señoría de Fugiu. Viven del comercio y de sus oficios y tienen gran abundancia de todo, y en especial de jengibre y galanga, pues por un veneciano se puede tener más de una libra de jengibre. También tienen un fruto, que da un color semejante al del azafrán, aunque no lo es, pero vale tanto o más que él. [...] En el curso de estas jornadas hállase Quellafu, ciudad grande y noble, que pertenece al Gran Kan. En ella hay tres puentes de piedra, los más hermosos del mundo, de una milla de longitud y de ocho pasos de anchura; están sostenidos por columnas de mármol y son tan hermosos que costaría un tesoro la construcción de uno. Los naturales viven del comercio y de sus oficios. Tienen mucha seda, jengibre y galanga Hay bellas mujeres. Hay gallinas que no tienen plumas, sino pelo como los gatos, todas son negras y ponen huevos iguales que las nuestras y son muy sabrosas» [Marco Polo, *Il Milione*, Cap. CXXXIV, p.165 (Iberia, Barcelona, 1957)]. Claramente podemos percibir la abundancia que se retrata en general sobre las ciudades orientales. Asimismo, las especias adquieren un valor importante para el comercio, reflejando características propias e inusuales, como es el caso del fruto semejante al azafrán

que posee un valor similar o más alto que aquél o las gallinas que no tienen plumas y dan huevos sabrosos. Lo novedoso y lo diferente rompen con la mera utilidad de los productos. Se van creando imágenes de una cultura espléndida y fabulosa que posee enormes riquezas y maravillas.

[37] Ya lo señala de manera clara Fray Jordán Catalán de Séverac: «*En realidad, todo es maravilloso en esta India: es verdaderamente otro mundo*» [Friar Jordanus, *Mirabilia Descripta. The wonders of the East*, V, 36, p.37. La traducción es mía]. Claramente podemos observar cómo se vislumbra la India como otro mundo: es una tierra que maravilla y deslumbra por su diferencia. Incluso, cabe destacar cómo esta búsqueda de lo novedoso y lo distinto también se encuentra en el relato ficticio de John Mandeville: «*Hay en otra isla una clase de gentes muy maravillosas que son a la vez hombres y mujeres, porque juntos y pegados están sus cuerpos, y no tienen más que una teta por un lado, pues del otro no tienen nada, y cada uno de ellos lleva órganos de hombre y de mujer [...] En otra isla, las gentes siempre andan de rodillas, de una manera sorprendente, y parece que se van a caer a cada paso, porque tienen seis brazos y seis manos, con seis dedos en cada mano y seis dedos en cada pie. Otra suerte de hombres tienen en medio de la frente cuatro ojos y ven con cualquiera de ellos*» [John Mandeville, *El Libro de las Maravillas del Mundo*, Libro II, XXIV (Siruela, Madrid, 2002, p.209)]. Sin duda alguna, notamos la extravagancia y particularidad de estas criaturas que se vislumbran y que resultan ser completamente disímiles al mundo occidental. No hay que perder de vista que son culturas que se encuentran fuera de la órbita del mundo cristiano, por lo cual, son propensas a salir de las nociones ordinarias e ingresar a campos monstruosos y sobrenaturales. Ahora bien, más allá de representar un viaje ficticio o imaginario en su narrativa, el contenido no deja de expresar una mentalidad propia de su tiempo, dando cuenta de la importancia que posee el espíritu del viaje para conocer nuevos espacios y ampliar la noción del

mundo y sus maravillas, pero sobre todo para reconocer una identidad propia del mundo europeo a partir de los contrastes y diferencias con las otras culturas.

Para citar este artículo:

Castro Hernández, Pablo, "La idea del viaje en la Edad Media. Una aproximación al espíritu del viajero y la búsqueda de nuevos mundos", *Revista Historias del Orbis Terrarum*, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas, ISSN 0718-7246, vol. 5, Santiago, 2013, pp.64-87